

Memories

JORGE ALVAREZ

Ha muerto Jorge Alvarez, uno de los más grandes actores que haya producido Chile, de originalísima personalidad, versátil, culto, espiritual, artista en el sentido más amplio y cabal de la palabra. El increíble repertorio de obras que interpretó (más de 150 piezas) es una prueba de su enorme entrega al arte teatral del país y de su colaboración con todos los teatros más importantes de Chile.

Personalidad única, multifacética, a veces contradictoria, lleno de grandes cualidades y de pequeñas manías con las que había que saber convivir porque, a la postre, resultaban insignificantes al lado de su enorme talento.

Era un actor aparentemente sin técnica. Aparentemente. Pero con un tremendo oficio. No tenía sentido de la ubicación en el escenario. Siempre se ubicaba mal durante los ensayos. Siempre estaba donde no tenía que estar. Era como infalible. Generalmente había que llevarlo, guiarlo, conducirlo como a un ciego, sobre todo en los desplazamientos. En materia de vocalización, matices, dicción, sonoridad de la voz, inflexiones, no tenía problemas. Poseía una imaginación notable. Con los años se fue volviendo calvo y jamás lo vi en escena usando un bisoñé. Todo lo hizo siempre con su propio no-pelo, y sin embargo, siempre parecía que había cambiado de peinado. Lograba verse completamente distinto en cada caracterización.

Tenía una facilidad asombrosa para componer personajes absolutamente diferentes. Entre estos personajes recuerdo el policía loco que interpretó en mi obra *El estafador Renato Kauman*; era un policía que, prácticamente, hablaba solo durante unos ocho o diez minutos. Este policía se había



vuelto histérico al realizar su trabajo en Nueva York, ciudad que odiaba y detestaba profundamente. La razón era que se sentía estafado porque antes de irse a Nueva York, en su pueblo lejano de origen, le habían dicho que no sólo era la ciudad más grande del mundo, sino la que tenía los edificios más altos del mundo. El encontró, una vez trabajando en Nueva York, que era una ciudad chica, insípida e insignificante, y alegaba furiosamente en contra del edificio Empire State, diciendo que era chato y pequeño. En este personaje logró una caracterización que muchos críticos calificaron de genial.

El podía hacer las cosas más extravagantes e interpretar también las cosas más extravagantes con un asombroso sentido de la verdad y la sinceridad, y con una gran capacidad de proyectar esto hacia el público. Era un actor extraño, insólito, que a veces actuaba fuera de todas las reglas aparentes del teatro pero entregando una verdad absoluta y, cuando quería, de una naturalidad asombrosa, como el personaje que representó en el sketch final de *Alicia en el país de las zancadillas*. Una prueba de su naturalidad, cuando él creía que debía usarla, está en el papel que interpretó en la película de Silvio Caiozzi *Julio comienza en julio*. En mi opinión, de todos los actores de ese film, es el que está más natural.

Para que un actor con tanta fuerza física, de tan poderosa personalidad y riqueza expresiva, y siendo esencialmente un actor de teatro, pudiera actuar tan bien en cine y

con tanta naturalidad, es porque tenía una sensibilidad infalible (con tanta máscara, con tanta voz, con tanta proyección y porque Caiozzi lo dirigió muy bien). Puede parecer extraño que un actor que se había especializado en el teatro de vanguardia, en personajes insólitos y absurdos, poseyera paralelamente esta naturalidad y este sentido de la verdad. En estas caracterizaciones insólitas, lo que él hacía nunca era externo, todo emergía desde el espíritu, la conciencia y el alma del personaje, y afloraba a la superficie con esa naturalidad y verdad que ya señalaba. Transmitía, comunicaba, emocionaba, enloquecía y hacía reír al público, pero siempre a través de una verdad tremenda: No era el absurdo, la mueca por la mueca y el disparate por el disparate. El tenía su mundo absurdo, y lo exteriorizaba con un lenguaje propio y personal, y siempre lograba alcanzar una coherencia interior en esos personajes, por disparatados que fueran. Por eso que era un actor *verdadero*, porque a veces el teatro del absurdo se presta para cualquier engaño o estafa. Es muy fácil engañar al público escribiendo incoherencias, con el pretexto del absurdo o del vanguardismo. El absurdo, por el contrario, necesita un manejo de la lógica mucho más riguroso que ningún otro actor o autor; necesita, además, una cuidadosa caracterización y no caer jamás en extravagancias y contorsiones externas, tanto en el lenguaje (autor) como en la locución o gestos (actor). Si el actor no va manejando coherentemente esta apariencia de locura y con un gran sentido del mundo interno del personaje, caería simplemente en una estereotipación gratuita.

Era un actor de mala memoria, pero cuando fijaba el parlamento, lo recordaba para siempre. También era un actor con gran iniciativa e inventiva: se le ocurrían y proponía muchas cosas y el director tenía el privilegio de ir seleccionando las que le parecían más apropiadas. En definitiva, Jorge era un actor que necesitaba mucha dirección, pero con gran iniciativa propia. Un caso especialísimo. Ahora, si uno no lo conocía previamente y presenciaba una lectura de una obra,

podía pensar que era el actor menos dotado y menos apropiado del mundo. Simplemente, no sabía leer en voz alta a primera vista, era un desastre.

Le vi en otras muchas obras en papeles completamente disímiles, como por ejemplo Agustín, el rol que efectuaba en **Martín Rivas**, con el cual logró su primer éxito de público y de crítica; el Delfín en **Santa Juana de Lorena**, de Maxwell Anderson, o en comedietas brillantes como en **Aló, aló, número equivocado**, de Julio Asmussen (junto a Silvia Pinal y Jorge Mistral) o en **Una noche encantadora**, de Jacques Deval, junto a Inés Moreno. En realidad, su gama de actor era inmensa. Podía interpretar todos los géneros, todos los estilos y pasar de la tragedia al sainete con una facilidad asombrosa; por eso, era un actor esencialmente tragicómico.

También él realizó un gran aporte a la dramaturgia chilena interpretando muchas obras de gran éxito y repercusión de crítica, como **Flores de papel** de Egon Wolff, o **Un hombre llamado Isla** de Jorge Díaz. De mi repertorio estrenó cinco obras: **El estafador Renato Kauman**, **La muela del juicio final**, **Su excelencia el embajador**, **La mano y la gallina** en su segunda versión, y **Alicia en el país de las zancadillas**.

En suma, era un actor que estuvo tremendamente comprometido con la creación dramática de los autores chilenos más divulgados, cuyo aporte fue de una importantísima significación.

Fue fundador y colaborador casi permanentemente del Teatro de Cámara que organizó Ana María Palma. Ahí actuó en **El buen doctor**, de Neil Simon-Chéjov; **Y era la alondra** de Jean Anouilh; **José**, de Egon Wolff; **Su excelencia el embajador**, etc.

Jorge Alvarez colaboró no sólo con los teatros universitarios, sino con casi todas las compañías particulares de Santiago.

Ha desaparecido un gran actor, un actor talentosísimo, curioso y extraño, que el teatro chileno -especialmente de vanguardia- echará de menos inevitablemente.

Fernando Josseau